

Un naturalista en el panteón

El culto a Humboldt en el Viejo y el Nuevo Mundo durante el siglo XIX¹

Leoncio López-Ocón Cabrera

La huella de Humboldt es omnipresente en ambas orillas del Atlántico. Su imagen y su obra ocupan un lugar preferente en centros del saber tan diversos y heterogéneos como el Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, cuyo *hall* está presidido por un hermoso cuadro de un ya anciano Humboldt en su gabinete de trabajo rodeado de todos los atributos de su sabiduría; la Casa de la Cultura Ecuatoriana de Quito, que conserva como venerables reliquias algunas de las bellas ediciones del sabio prusiano; o el antiguo Seminario de Minería de México, donde su estatua preside uno de los patios de ese hermoso edificio neoclásico.

Su abrumadora estela no se circunscribe a esos lugares del saber. El nombre de Humboldt está presente en múltiples lugares de la naturaleza americana —como en su corriente homónima— y su imagen de marca se propaga a través de asociaciones culturales, premios y becas. ¿Fueron sus méritos científicos merecedores de tanto bombo y platillo? Es cierto que realizó contribuciones fundamentales a diversas ramas del conocimiento tan diferentes como la fisiología del sistema nervioso, la geografía botánica de las plantas o la arqueología americana, y que es considerado uno de los fundadores de la moderna ciencia geográfica. Pero no cabe duda de que su éxito está también en estrecha relación con sus grandes dotes de comunicador, y con su capacidad de crear una escuela o un estilo de pensamiento colectivo entre los naturalistas románticos coetáneos. Fue esa habilidad retórica y pedagógica la que llevó a la fama al ser capaz de convencer y persuadir de la bondad y excelencia de su obra a individuos y lectores muy diferentes, como a los políticos americanos Thomas Jefferson, Simón Bolívar o el conservador mexicano Lucas Alamán, a monarcas europeos como Carlos IV o el rey de Prusia Federico Guillermo IV, y a científicos de pri-

¹ Este texto forma parte del proyecto de investigación financiado por la DGES PB97-1125 «El papel de las elites intelectuales en la formación de modelos colectivos: la historiografía natural y política en el mundo hispánico (siglos XVI-XIX)», dirigido por Mónica Quijada, y es deudor de las discusiones sostenidas en el marco de los proyectos de investigación «Ciencia y comunicación» y «Producción de objetos científicos y mundialización de la ciencia», que dirigiera Antonio Lafuente. Deseo agradecer a Fermín del Pino su interés para que me animase a redactar y publicar este texto.

mera fila de su época como François Arago o Leopoldo de Buch para quien Humboldt era «le profond et ingénieux explorateur de la nature, le plus grand géognoste du siècle».

Ahora bien, Humboldt conoció ya la fama y la gloria en vida. Resulta ser así un caso singular de cómo la figura y la obra de un científico han sido usadas por diferentes sociedades y comunidades científicas de Europa y América como un lugar de una memoria científica, compartida entre varios países, pero también apropiada por cada una de las naciones que se han ido construyendo en esa área geopolítica. A través de una serie de ritos conmemorativos se ha usado a Humboldt en ese espacio euroamericano como icono representativo tanto del funcionamiento de una ciencia trasatlántica como de la fundación o consolidación de tradiciones científicas propias y específicas, que fundamentan una identidad cultural basada en la reivindicación de prioridades científicas.

Este texto aspira a ofrecer una serie de elementos de información y reflexión destinados a profundizar en el conocimiento de cómo Humboldt en lugares diferentes de Europa y América ascendió a los altares de un panteón que edificaron científicos y ciudadanos amantes del saber para rendir culto a la diosa Razón, siguiendo el programa jacobino que se propagó entre el Viejo y el Nuevo Mundo a través de las ondas concéntricas generadas por el ciclo de las revoluciones atlánticas. Quizás el éxito social de Humboldt y su capacidad de convertirse en un símbolo cultural del nuevo laicismo revolucionario, y en un mediador entre la naturaleza y la cultura, quepa relacionarlo con su *savoir-faire* para construir una ciencia trasatlántica; es decir, para poner en comunicación las capacidades científicas y técnicas de ambas orillas del Atlántico –cual nuevo atlante–, y para establecer elementos comparativos sobre las analogías y diferencias entre los elementos naturales y culturales de Europa y las Américas. Los panegíricos que se le otorgaron en vida apuntan en cierta medida en esa dirección. Fue contemplado como un nuevo héroe civilizador que, tras vencer numerosos obstáculos y penalidades, debía de ser admitido en un panteón: el lugar de reunión de los bienhechores de la humanidad, de aquellos que con sus luces habían hecho retroceder las sombras de la ignorancia y de la barbarie. No sólo se le consideró un nuevo Colón, sino que también sus compatriotas le llegaron a regalar una medalla con una imagen del Sol que tenía la leyenda: *Illustrans totum radiis splendentibus Orbem*. Es sabido que en el mundo antiguo se atribuía al Sol el conocimiento del pasado, presente y futuro. El hecho de que sus conciudadanos lo equiparasen al astro rey es una prueba incontestable de su *apoteosis*, es decir de haber recibido honores propios de los dioses.

En las líneas siguientes voy a intentar relacionar dos hechos relativos a ese proceso de construcción de una apoteosis en torno a Humboldt. Por un lado, trataré de mostrar cómo Humboldt traza su camino hacia el Panteón debido a la capacidad que tuvo de desplegar y «mundializar» los conocimientos que atesoró en su viaje, gracias al tendido de redes de comunicación científica a través del espacio atlántico. Y por otra parte, destacaré cómo esas redes se trasladaron también durante el tiempo, y en las décadas posteriores a su muerte sus textos siguieron interpelando a múltiples lectores de diferentes sociedades, contribuyendo a consolidar diversas tradiciones científicas nacionales, particularmente en los países iberoamericanos.

El constructor de una gran red de comunicaciones científicas trasatlánticas

La circulación mundial de conocimientos científicos y técnicos se hace, en efecto, por intermedio de redes. Creadas por la misma práctica científica, actúan de forma tentacular y su función es doble: asegurar la circulación de objetos científicos y técnicos y/o los flujos de autoridad que legitiman la continuidad de prácticas científicas. Dado que los textos producidos por los científicos son diferentes, según el público específico al que se dirigen, se forman entonces diversas redes de distribución de objetos científico-técnicos, entre las que cabe destacar: las *redes de co-responsabilidad* que ponen en relación a los científicos con sus pares o colegas; las *redes de patrocinio* que unen a los científicos con los poderes políticos o económicos; y las *redes de popularización* que vinculan a los científicos con la ciudadanía.

Pues bien, a mi modo de ver, la actividad científica de Humboldt se hace especialmente consistente y adquiere paulatinamente una autoridad cada vez mayor en círculos científicos y extracientíficos, gracias a su innegable capacidad y talento para desplegar potentes y heterogéneas redes de comunicación.

Ciertamente, páginas y páginas se han escrito ya sobre las cualidades retóricas de Humboldt, presentes sobre todo en la narrativa de su viaje trasatlántico, y en sus descripciones de los cuadros de la naturaleza americana, o de las vistas de las cordilleras y monumentos de las Américas, que impulsan a los lectores a contemplar con mirada envolvente y en un todo armónico los objetos naturales y los artefactos culturales de la América intertropical. Asimismo se ha empezado a considerar su cuidado en medir la realidad para trazar un *Atlas* fidedigno de los territorios visitados y